

# UNA ECONOMIA QUE NECESITA LIBERTAD



RICHARD S. ALDRICH

Tomado de LIFE en español

Después de más de dos años, los dirigentes de la Alianza para el Progreso empiezan a volver poco a poco la mirada hacia el comercio y la industria en busca de ayuda para el desarrollo de la América Latina. Desde luego, esta actitud oficial no refleja una convicción profunda, aunque es cierto que algunos funcionarios creen sinceramente que la iniciativa privada tiene un papel propio y decisivo que desempeñar en el progreso de la América Latina. Para otros, aquel cambio de actitud es más bien el recurso para salir de un aprieto, y se debe al desaliento que les produce el lento avance de la Alianza, más que a una fe verdadera en las posibilidades que ofrece la acción privada. Y todavía otros hombres de gobierno esperan que los empresarios desdeñarán la oportunidad de tomar parte más activa en la Alianza, demostrando así lo justificado de aquella desconfianza. A pesar de todo esto, el llamado lanzado con renuencia por la Alianza brinda a la iniciativa privada una excelente ocasión para actuar con eficacia donde la obra oficial no obtuvo resultados positivos; de dar una estructura y un estímulo al adelanto de la América Latina, y promover un clima mejor para el incremento del comercio.

El aporte más importante que los hombres de negocios —principalmente los latinoamericanos, pero también los extranjeros— pueden hacer a la Alianza, es contribuir a estudiarla y a darle una nueva orientación. Por el momento, aun los funcionarios mejor dispuestos solo esperan de los hombres de negocios, al parecer, que salven y refuercen los planes oficiales. Quieren un mayor aporte de inversiones privadas, pero sin introducir modificaciones substanciales en los procedimientos que hasta ahora han desalentado esas inversiones. Tales principios implican que solamente el socialismo puede contrarrestar el comunismo en la América Latina. Es poco probable que los hombres de negocios acepten esa sugestión.

La Alianza necesita una nueva dirección porque los intelectuales de la Nueva Frontera que la concibieron cometieron un error. Deseosos de ser dignos sucesores de los demócratas que formularon el Plan Marshall, de tan brillante éxito, trazaron los planes para la América Latina como si se tratara de la Europa Occidental de la posguerra. Supusieron que una fuerte inyección de capitales públicos del exterior en las arcas fiscales latinoamericanas, más una pequeña afluencia suplementaria de capitales priva-

dos, sería una inversión básica suficiente para atraer y hacer aflorar recursos, muchas veces mayores de capital, talento organizador y productividad en los distintos países. Dieron por sentado que en la América Latina existía el mismo grado de competencia, individual e institucional, y la armazón social tradicional que permitieron, en la Europa Occidental de la posguerra, que la ayuda extranjera se infiltrara en su organismo económico y fortificara todo el complejo de su actividad pública y privada. Los creadores de la Alianza para el Progreso, inspirados por el modelo de la Europa Occidental, obraron como si el problema de la América Latina fuese el de **reconstruir** una serie de economías desarrolladas, y no el de **construir** economías desarrolladas sobre la base de las economías poco desarrolladas existentes. Añádase a este error, el criterio filosófico de que el socialismo es la solución, y no puede causar gran asombro que el programa se haya estancado.

Desde luego, se concedió al fenómeno del desarrollo insuficiente, un reconocimiento nominal: los arquitectos de la Alianza señalaron la urgencia de la reforma agraria, de la impositiva y la social; han estado y están contra la mala distribución de la tierra, contra los que eluden los impuestos, o no pagan lo suficiente, con-

---

#### RICHARD S. ALDRICH

Vinculado desde hace muchos años a la América Latina, por su actuación en empresas comerciales y en entidades culturales y de fomento de la región, al autor de este artículo le han preocupado siempre, los graves problemas que afectan a esa zona, que él vivió ocho años en Brasil. Por eso invitan a la reflexión las conclusiones a que llega aquí sobre el papel de los hombres de negocios en la solución de esos problemas en colaboración con la Alianza para el Progreso, si quiere preservarse la libertad.

tra el desnivel existente entre ricos y pobres, y contra los regímenes no democráticos de gobierno. Pero su mismo lema de **reforma** es otra prueba del error histórico y económico de concepto en que se basa la Alianza. La **reforma** entraña una corrección de los errores que han causado un descenso de las elevadas normas preexistentes; pero en gran parte de la América Latina tales normas no existieron nunca, y están todavía por ser alcanzadas.

En el grado en que la Alianza ha reconocido la existencia de esa necesidad, los métodos con que ha tratado de satisfacerla pecan de simplistas. En general, ha intentado la organización de la infraestructura humana por intermedio de los gobiernos nacionales. Esto podría ser eficaz si existiera intercomunicación real entre gobiernos y pueblos, si los gobiernos se basaran efectivamente en la voluntad de los gobernados, si los sistemas constitucionales fueran firmes. Pero la verdad es que dichas condiciones no existen, en general, en la América Latina.

Los hombres de negocios, con su vasta multiplicidad de vínculos en todos los planos y las capas de la vida ciudadana, desde la clientela rural hasta los empleados, obreros, banqueros, abogados y gobernantes, se encuentran en una posición única para contribuir a la formación de la infraestructura humana. Piensan en términos de individuos y grupos sociales, y no de masas. En sus círculos se piensa y obra en forma descentralizada, y no con criterio centralista. Por lo tanto pueden descubrir los individuos capaces y ayudarlos a desarrollar su potencial. Los negociantes son capaces de reconocer el valor de las pequeñas instituciones, concretas y operantes, y ayudarlas a funcionar bien. Tienen el instinto y las vinculaciones

adecuadas para favorecer la formación de una ciudadanía con todas sus diferencias y matices, su red infinitamente compleja de personas, su conjunto de asociaciones voluntarias, su distribución y fragmentación de centros de poder, su delicado sistema de expresión de la voluntad, y su mecanismo de frenos y equilibrios que crean una sociedad progresista y de estabilidad automática.

Lo que pueden hacer los hombres de negocios, en la situación que les plantea la Alianza para el Progreso, es crear en gran medida la estabilidad política y social que necesitan, no solo los pueblos de la América Latina, sino el propio mundo de los negocios, para su expansión y prosperidad. En el interés general y en el propio, los hombres de negocios harían muy bien en constituir una economía que propiciara la libertad, tanto como la búsqueda de mercados y utilidades. Al mismo tiempo que hacen inversiones en fábricas, equipo y existencias, deben invertir en progreso y estabilidad social. Será muy acertado y a la vez muy provechoso para ellos, pensar primero como hombres libres, y como representantes de la libre empresa después. Es un papel nuevo, y por lo tanto incómodo para los hombres de negocios. Pero tendrán que afrontarlo.

El mundo de los negocios ha contado tradicionalmente con una base de estabilidad política y social proporcionada por los intelectuales y el clero, políticos y militares, y la sociedad en general. La fe del siglo XIX en la libertad y en la acción individual, dio a los representantes de la libre empresa carta blanca para la expresión de su espíritu de empresa. En los países democráticos, la sociedad llegó hasta ayudar al hombre de negocios a salvarse de sus errores: en los EE. UU. la política de Teodoro Roosevelt, y más tarde la de Fran-

klin D. Roosevelt, contribuyó en dos oportunidades distintas a devolverle su capacidad de obrar y el respeto de la comunidad. Por otra parte, en los países coloniales, los funcionarios protegían al negociante, y en la América Latina, los dictadores a menudo establecieron reglas que le permitieran trabajar y obtener utilidades. Es, tal vez, porque en general se les ha puesto en la mano una relativa estabilidad política y social, que los hombres de negocios han esperado, en lo que lleva de vida la Alianza para el Progreso, que los gobiernos de sus países y el de los Estados Unidos se la proporcionen, en vez de tratar de crearla por sí mismos.

Pero hoy el mundo de los negocios ha perdido sus protectores tradicionales. En el clima engendrado por el comunismo, no resulta elegante —valga el eufemismo— para ciertos intelectuales políticos, militares y hasta algunos sacerdotes, prestarle apoyo. En la América Latina, si el negociante no vela por sus intereses, pocos lo harán, lo cual significa que debe tratar de crear la infraestructura humana, la estabilidad social y las instituciones democráticas que necesita para vivir y prosperar.

No hay duda de que el comercio y la industria son buenos para esos países, puesto que suministran empleos y mercancías, y crean riquezas y progreso. Pero hoy tienen que demostrar que son también útiles en la esfera de lo inmaterial, en los campos del gobierno, la administración pública, las ideas, la educación, la organización cívica y el progreso social.

Tomando como base la experiencia de los hombres de negocios que están participando ya en la formación de esa infraestructura humana, se podría trazar un programa de 10 puntos para toda la comunidad comercial, in-

dustrial y bancaria, que sería más o menos el siguiente:

### 1. Participación en la actividad política.

Evidentemente, este es un campo en el que solo pueden intervenir los latinoamericanos, y en donde sus colegas extranjeros deben abstenerse en absoluto. Muchos de los negociantes latinoamericanos saben que no pueden limitar su participación en política a las contribuciones que aporten a las campañas electorales, ni a las promesas de apoyar determinados candidatos, puesto que los políticos cuentan con otras fuentes de ingresos además de esas, y puesto que los votos de los hombres de negocios son demasiado pocos para ser decisivos. El único procedimiento práctico que pueden seguir como se ha demostrado en otros continentes, es el de participar en la formulación de los principios y la plataforma que adopte el partido de su preferencia, y presentarse como candidatos. Solo así los hombres de negocios se pondrán en contacto con la dura realidad de la política, y los políticos y el público en contacto con las realidades del mundo de los negocios.

### 2. Participación del gobierno.

También en este campo pueden actuar únicamente los latinoamericanos. La administración pública de esos países necesita el concurso de todas las personas capaces, y los hombres de negocios no deberían negar su aporte. Su participación en el gobierno es conveniente tanto si éste favorece a los negocios como si su tendencia es neutral o contraria a ellos. En el primer caso, los negociantes le deben su apoyo. Además, tienen que estar dispuestos a tomar parte en los consejos de gobierno a fin de asegurar la protección y el fomento del bienestar general y no solo del propio. Sea con o fuere, cuando los hombres de nego-

cios no aceptan los cargos que se les ofrecen, corren el riesgo de que éstos caigan en manos de sus peores críticos.

### 3. Participación en la elaboración de planes económicos oficiales.

En mayor o menor grado, todos los gobiernos trazan planes económicos, y es precisamente ese grado lo que señala la diferencia entre las formas de gobierno. Los hombres de negocios de la América Latina, tanto nacionales como extranjeros, deben optar entre que la planificación económica oficial se haga sin ellos o con su colaboración.

### 4. Colaboración con la Iglesia en la reforma social.

La Iglesia Católica está dedicada, no solo en la América Latina, sino en todo el mundo, a una gran campaña en favor de la reforma social, en gran parte inspirada por la encíclica **Mater et Magistra**. Con ese objeto la Iglesia sale de los templos y trata de implantar los principios cristianos en la vida diaria de la fábrica, la tienda, los transportes y la granja. Los hombres de negocios de la América Latina, nacionales y extranjeros, harían muy bien en cooperar con la Iglesia en la aplicación de sus principios sociales a las cuestiones prácticas que a ellos se les plantean, a la vez que en comunicar al clero sus ideas en cuanto a la aplicación de los principios religiosos en la realidad cotidiana.

### 5. Colaboración con intelectuales y dirigentes de la opinión pública.

En gran parte de la América Latina, los intelectuales y los hombres de negocios están aislados, separados por un abismo de recelos mutuos. Es perjudicial para unos y otros estar apriisionados en sus respectivos dogmas: la carencia de espíritus amplios en ambos lados y la ausencia de un diálogo franco y libre, causan tirantez y fal-

ta de entendimiento. Es muy apropiado que los hombres de negocios traten de tender un puente sobre ese abismo, buscando acercarse a los intelectuales para un intercambio de opiniones. También lo es que demuestren interés por el desarrollo intelectual de los países en que actúan, mediante su apoyo a los debates sobre temas de interés general, y la donación de libros necesarios, que no solo sustenten el punto de vista de los comerciantes, sino que estimulen el libre curso de las ideas.

#### **6. Mayor ayuda a los estudiantes.**

Si bien los hombres de negocios, latinoamericanos y extranjeros, han realizado una labor meritoria de apoyo a las instituciones de enseñanza superior y a los estudiantes, su alcance ha sido tal vez limitado. Los hombres de negocios se han interesado primordialmente por fomentar el desarrollo de los conocimientos y el adelanto de los estudiantes que luego pudieran ser útiles al mundo de los negocios. Es decir, han ayudado considerablemente a formar el futuro personal administrativo dirigente para sus propias empresas. Lo que no han hecho en escala suficiente es suministrar becas y facilidades para el estudio de carreras relacionadas con el gobierno, la Iglesia, la política, las artes y las letras.

#### **7. Colaboración con el movimiento sindical libre.**

En honor a la justicia, hay que señalar que la Alianza para el Progreso ha cumplido una labor excelente al ayudar, por intermedio de los sindicatos norteamericanos, a la formación de dirigentes obreros libres en toda la América Latina. El Instituto Norteamericano de Desarrollo de los Sindicatos Libres, establecido en Washington, que dirige esos programas educativos, ha recibido también la ayuda incondicional de fundaciones y hom-

bres de negocios que reconocen que el obrero libre y la empresa libre son colaboradores naturales. Pero la formación de dirigentes obreros libres, educados para organizar, tiene una influencia limitada. Los nuevos dirigentes deben, además, demostrar a la masa obrera que pueden hacer más por su progreso que los demagogos. Es esencial que los hombres de negocios apoyen al movimiento obrero libre de la América Latina.

#### **8. Estimulo a las asociaciones cívicas femeninas.**

También se debe reconocer que la Alianza para el Progreso está contribuyendo a la formación de dirigentes cívicos femeninos en la América Latina por intermedio de la Liga Norteamericana de Mujeres Votantes. Las mujeres, que comparten cada día más las responsabilidades cívicas, tienen gran poder para promover la estabilización de los asuntos nacionales. De criterio político moderado por naturaleza, se preocupan profundamente por la justicia social y un futuro mejor para sus hijos. Las dirigentes políticas femeninas pueden impartir orden y orientación a buena parte de la población de la América Latina. Es preciso que los hombres de negocios les den el mayor estímulo posible, proporcionándoles apoyo financiero sin condiciones, donde sea necesario.

#### **9. Mejoramiento de los barrios pobres y de la vida rural.**

Los pobres de las zonas urbanas y rurales de la América Latina pueden convertirse en una masa abandonada y explotable por los demagogos sin escrúpulos, o bien recibir ayuda para organizarse y valerse por sí misma y progresar. Una valiosísima infraestructura humana puede surgir de las filas de la población pobre mediante el sistema ahora llamado de fomento de la comunidad; y los hombres de ne-

gocios están en condiciones de desempeñar un papel de incalculable importancia en este plan. Ya están haciendo grandes aportes en tal sentido en Venezuela, Colombia, Perú, Chile y otros países, pero se necesita mucho más. Fundamentalmente, pueden fomentar el progreso de la comunidad si apoyan a las instituciones que educan a los dirigentes de los barrios pobres y de las aldeas en la técnica de organizar a los vecinos para llevar a cabo planes de mutuo beneficio. Una vez que esos dirigentes, debidamente preparados, han organizado a sus conciudadanos para la ejecución de algún proyecto útil —ya sea la construcción de una escuela, de un camino o de un centro comunal— piden a los hombres de negocios que donen los materiales necesarios para la construcción, mientras la población urbana o rural proporciona la mano de obra. Además de representar beneficios económicos para los pobres, este procedimiento favorece la comunicación y el entendimiento entre aquellos y los más pudientes. Y más importante aún, constituye una prueba positiva de que en los métodos democráticos de ayuda propia, y no en la agitación, está el camino del progreso para el pueblo.

#### **10. Colaboración de los militares en el progreso social.**

Hay en la América Latina una nueva promoción de militares hondamente interesada por el progreso y la reforma de la estructura social. Los jefes militares de estas ideas ponen sus tropas a trabajar junto con los campesinos en los proyectos de desarrollo de la comunidad, y se preocupan por encontrar la forma de lograr que la administración pública sea más eficiente, y el desarrollo económico más rápido. Es, por lo tanto, muy apropiado que los hombres de negocios pon-

gan su experiencia a disposición de los militares sinceros sin partidismo.

En suma, los hombres de negocios de la América Latina pueden dar una nueva orientación a la Alianza para el Progreso y hacer que contribuya a la formación de la infraestructura humana necesaria, estimulando el desarrollo de las aptitudes existentes en todas las clases y sectores de la sociedad, y aportando al mismo tiempo a la obra su propia capacidad. Esto supera a los programas llamados "de pueblo a pueblo", pues es una colaboración de hombre a hombre. Es un modo de aumentar y multiplicar las aptitudes de grandes y chicos, y crear así una estabilidad en la que, no solamente los hombres de negocios, sino la América Latina entera pueden cumplir sus vastas y esenciales promesas.

Este programa de 10 puntos no constituye un lujo ni un "esquema operativo" de métodos comerciales modernos para la América Latina. Es simplemente una necesidad que los hombres de negocios realicen una función mucho mayor en la estabilidad social y en el progreso. La misión primordial que corresponde hoy en la América Latina a los hombres de negocios inteligentes, es la de crear el clima humano, social y político, en que ellos y sus actividades puedan prosperar. El hombre de negocios que no enfrente estos problemas de ambiente, puede muy bien olvidarse igualmente de la producción, la distribución y las ventas, puesto que tendrá grandes probabilidades de que el ambiente lo elimine a él. Sin embargo, el que acepte resueltamente su responsabilidad tendrá la triple satisfacción de ver a su país, a su clientela y a su prestigio personal prosperar y crear cada día más al amparo de la libertad.